

## PRESENTACIÓN DEL LIBRO DE CRÓNICAS

JUAN CARLOS ESCOTET RODRÍGUEZ

Voy a repetir aquí lo que tantas veces se ha dicho: los seres humanos vivimos con una impostergable necesidad de historias. Existir es indisociable, no solo del uso del lenguaje sino también del hecho de narrar. Usamos las palabras para nombrar las cosas del mundo, pero sobre todo, para compartir, para proyectar hacia nuestros semejantes la experiencia de vivir.

Entre quien habla y quien escucha, circula una corriente anímica. Se puede escuchar al otro con indiferencia o con entusiasmo; con desacuerdo o admiración; con respeto o arrogancia. Lo esencial aquí, es que nada permanece igual después de hablar a otro o de escuchar a otro. Aunque no seamos conscientes de ello, dentro de nosotros se van acumulando como capas silenciosas, una tras otra a lo largo de la vida, las palabras que intercambiamos con quienes nos rodean. Forjarnos, hacernos personas, ocurre en la interacción con los demás, con las palabras que recibimos de los otros.

Quien se dirige a un interlocutor, quiere ser escuchado. Ordena sus pensamientos en frases porque espera ser acogido, entendido. Cuando nos dirigimos a otro, guardamos una aspiración, que es la de permanecer. Más allá de los intercambios rutinarios, de esas palabras de cada día que son la argamasa que nos mantiene unidos, usamos la lengua para despertar un eco, para estimular una respuesta, para encontrar un punto en común con los demás. La aspiración que contiene toda lengua no es otra que la de hacer posible la condición humana.

Una corriente de parecido carácter, es la que se establece entre quien escribe y quien lee. Hay todo un torrente de escritura de paso rápido: una ingente producción de textos y documentos cuyo propósito es el de garantizar el funcionamiento del mundo, pero que no se elabora con el objetivo de ser recordada, sino lo contrario: son las incalculables escritura de lo efímero, de lo

que llega y avanza rumbo al olvido, para dar paso a nuevos textos que también serán desplazados por otros, en una sucesión que no tiene ni principio ni final.

No hay en el mundo que no produzca alguna escritura. Los credos religiosos, la historia de los pueblos, la observación de la naturaleza, las aventuras de los descubridores, la sucesión de los inventos, el milagro de la creación musical, el transcurrir de las instituciones, los pequeños acontecimientos de los que están hechas nuestras vidas, toda la vida organizada de los hombres está articulada por una incesante producción de escrituras. Vivimos, lo queremos o no, inmersos en las incalculables escrituras del mundo.

Es tanto lo que se escribe, tan incesante y múltiple, en tantos registros y lenguas, que no hay recipiente ni biblioteca que pueda contener tanto documento, tanta memoria, tanto conocimientos, tanta escritura. Frente a la ingente producción de textos que es inherente a la condición humana, es que debemos aceptar que, a lo largo de nuestras vidas, sólo podremos establecer una relación cierta, un vínculo significativo, con apenas unos pocos textos.

Ocurre con lo escrito lo mismo que nos pasa con las personas con las que nos encontramos a lo largo del tiempo: la inmensa mayoría pasa sin dejar huella en nosotros. Las dejamos atrás, las olvidamos, no por desprecio ni porque les falten cualidades, sino porque no podemos repartirnos de forma inagotable entre los demás. Los seres humanos tenemos capacidades limitadas. Nuestro tiempo vital, nuestro almacén de registros, nuestra posibilidad de acumular sensaciones, son limitados. El ser humano lleva consigo la libertad de pensar en el infinito, en su mente puede proyectarse hacia cualquier tiempo y cualquier espacio, pero no puede ir más allá de su condición finita.

Como sabemos, vivir es luchar, es resistir, es convertir en realidad nuestras aspiraciones. Proyectarnos en los demás, dejar una huella, trascender, escapar del olvido que avanza con el paso del tiempo, es una ansiedad medular de lo humano. Para muchos de nosotros, hay una relación irreducible entre vida y duración, entre trabajo y memoria. Quien aspira a ser querido, aspira a ser recordado. Aquellos que se empeñan en hacer las cosas bien, en caminar por el

lado soleado de la vida, no solo se proponen hacer el bien, sino que, de forma legítima, anhelan ocupar un lugar apreciado en el recuerdo de los demás.

El periodismo es una de las profesiones, no la única, pero sí una de las más destacadas, donde la tensión entre lo efímero y lo duradero es más patente o, al menos, más comprensible para los demás. Y lo es, porque a diferencia de la literatura o de la creación artística en general, el periodismo tiene una proyección indiscutiblemente universal. Entre las escrituras, ninguna alcanza con tan amplio alcance y frecuencia a los habitantes del planeta.

Esa extraordinaria presencia, diré que desmesurada presencia del periodismo en nuestras vidas, lo ha convertido en epicentro de un debate que crece cada día: ha escalado a un punto donde se le señala no sólo como la gran pantalla del malestar de nuestro tiempo, sino que además hay quienes sostienen que el periodismo y los medios de comunicación son, fundados en su inmenso poderío, responsables también del estado de cosas que afectan al planeta.

Pero más allá de esa cuestión que a otros corresponde debatir, hay una paradoja extraordinaria en el periodismo, que está en relación directa con el libro que presentamos esta noche: me refiero a esa tensión que subyace en cada noticia, donde visibilidad e invisibilidad son las dos caras de una misma moneda, es decir, de una misma noticia.

Visto así, el periodismo es el género de las maravillas. Lo que hoy nos deslumbra y hasta nos impacta; lo que hoy conduce nuestras conversaciones; lo que hoy retiene nuestros sentidos con clara determinación, mañana se ha disuelto: ha desaparecido en el aire como si nunca hubiese existido u ocupado un lugar entre nosotros. Como un ave de paso que vuela ante nuestros ojos, pero que unos minutos después se evapora casi sin dejar rastro.

Quizás por eso el periodismo es oficio de emociones, profesión de adicciones, que cada día debe alimentarse de nuevos hechos, de anuncios que se sobreponen los unos a los otros. Las noticias, lejos de guardar alguna solidaridad, se niegan entre ellas, se quitan la silla, se combaten las unas a las

otras. Y, como sabemos, la mayoría de las veces, la noticia ganadora es la más reciente. Pero su reinado apenas durará, porque siempre es inminente la llegada de una nueva noticia, minutos o segundos después.

Y es frente a esta brecha, frente a esta posible contradicción, que uno puede pensar el género de la crónica. Por supuesto: sabemos que el periodismo ha producido fotografías, entrevistas, reportajes y otras piezas que están inscritas en la historia de la humanidad, desde que un hombre llamado Tucídides, estimulado por la experiencia de ser testigo de la Guerra del Peloponeso, la escribió tal cual lo haría un reportero de nuestro tiempo. Desde entonces, hace 25 siglos, no han faltado hombres y mujeres que han escogido escribir sobre lo que veían, lo que oían, lo que experimentaban.

Lo que hace singular al género de la crónica, es que ha logrado salvar la contradicción entre lo efímero y lo duradero. En su modo de registrar la realidad, en su gusto por las formas, en su aspiración de causar agrado en el lector, ha logrado permanecer. Convertirse en un bien duradero. Y le ha dado la oportunidad a los profesionales del periodismo que así lo han escogido, de encontrar un modo de expresión, digno pariente de la literatura, con el que expresarse y lograr un trato más profundo con la realidad.

Se trata de esto: el valor de la crónica no se limita a su voluntad estética. Leemos crónicas periodísticas con el mismo gusto con que leemos un relato de un gran maestro de la literatura, con placer, pero no solamente por placer. En la crónica hay una potencia, que es evidente en las páginas del libro que hoy presentamos: en ellas no hay gratuidad. Hay una búsqueda, una vocación de profundidad, una exigencia de comprensión, de desentrañamiento de las complejidades de esa dimensión que llamamos realidad.

El cronista es un profesional de ambiciones. Alguien que usa las herramientas que comúnmente son de uso de los autores de ficción, para obsequiar a los lectores de focos de realidad, tratados con una cierta morosidad y con palabras cuidadas, que dan cuenta de una aproximación sensible a los hechos. La crónica tiene un carácter: nunca despacha, sino que por el contrario, se detiene ante su objeto.

Y es esto lo que la hace una expresión entrañable, gozosa para el lector, fuente de orgullo para quien la produce: y es que siendo portadora de noticias, sin separarse de los datos que son propios de toda realidad, la crónica tiene la mirada personal, el sello autoral, que es lo que la hace recordable. Cada crónica tiene su propio carácter, algo en ella que es irreproducible: un trato único y personalísimo de cada autor con la realidad de la que da cuenta. Esto es justamente lo que celebramos esta noche: más que un simple libro, el que un conjunto de 5 textos que forman parte de lo más memorable que ha producido el periodismo venezolano a lo largo de 7 décadas, haya podido reunirse en un volumen que los lectores disfrutarán, no ya página a página a página, sino línea a línea.

Ojalá que cada uno de ustedes, a quienes agradezco el haber aceptado nuestra invitación, experimenten el placer de leer el material reunido. Piensen en la dedicación, en el diseño de los textos, en los abordajes, en los detalles, en la secuencia frase a frase, con que sus autores exponen cada una de las historias. Bastará un poco de atención para descubrir el gran mérito que contienen, para sentir gratitud por cada uno de ellos, lo cual nos devuelve, por fortuna, al gran pensamiento de nuestro tiempo: si hay un buen hacer venezolano, una buena voluntad, un extendido talento que, más temprano que tarde, nos conducirá a la construcción de un mejor país.

Muchas Gracias

Juan Carlos Escotet R.